

La piel de la tierra

Teresa Vilarós

Texas A&M University

Decía Jean-Luc Nancy en una conferencia pronunciada en el 2019, ‘La piel del mundo’, que

ciertos filósofos de la Antigüedad comparaban el mundo con un gran animal. Algunos filósofos modernos del siglo de las Luces y del siglo XIX ofrecieron una comparación maquina enérgicamente opuesta a ella (...) la primera comparación supone una finalidad interna y, la segunda, una causalidad externa (2021: 121).

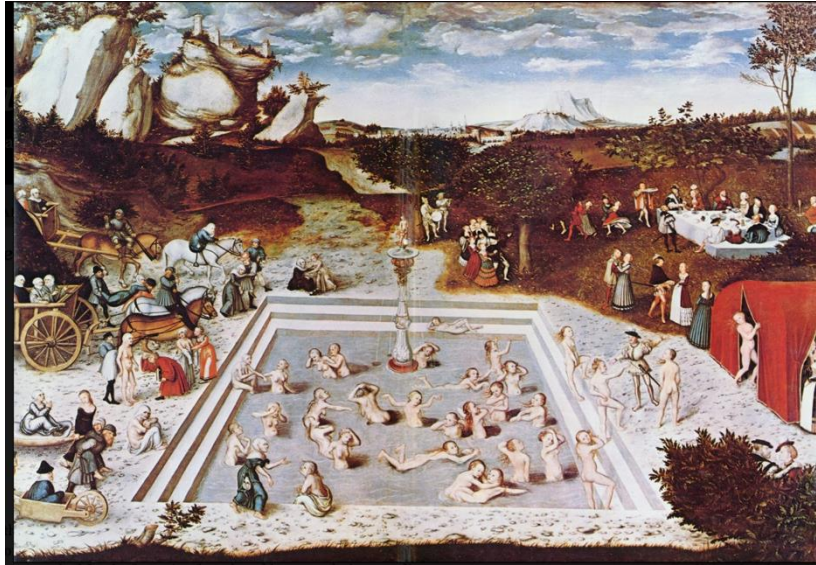
El animal de la antigüedad, explica Nancy, tiene piel.ⁱ La máquina, no. Y la piel (en los humanos, el órgano mayor) es la envoltura que regula y equilibra el ‘interior’ y el ‘exterior’. Sin la piel que respira, transpira, regula y equilibra aire y agua, no hay vida.

En la antigüedad, los filósofos todavía podían pensar y pensarse en el mundo y su génesis en equilibrio orgánico. Es decir, formando con éste, sus dioses y sus formas de vida (no sólo en la asunción del mundo como un animal, también en la relación cosmogónica del aire, el fuego, el agua y la tierra) un conjunto órgano-genésico. Una envoltura, una ‘piel’ que no sólo no negaba *avant-la-lettre* lo que siglos más tarde se llamó las constricciones entrópicas inherentes a toda órgano-génesis, sino que entendían la vía de la existencia en el mundo, casi a la Schrödinger (2015 [1947]), casi a la Stiegler et al, en equilibrio con su finalidad entrópica interna.

El aire, fuego y agua, los elementos que tocan e interactúan con la piel de la tierra, tienen un largo recorrido en la historia de la filosofía. Son los elementos descritos en la cosmogonía de Empédocles y están en el corazón del pensamiento de los pensadores que Heidegger llamó primordiales: Anaximandro, Parménides y Heráclito. Aire, fuego, aire y tierra recorren un largo abanico en la historia del pensamiento y llega, entre otros, a Luce Irigaray (1983) que hace tiempo apuntó que Heidegger se 'olvidó' del aire.

La divergencia que Nancy establece entre los filósofos de la antigüedad y su comprensión del mundo como un animal con piel y la de los modernos con su visión maquinista-tecnológica y por tanto sin piel, enlaza con algunos de los presupuestos de Bernard Stiegler (2019) sobre la bifurcación. Al inicio de la modernidad industrial, el momento de mordida del Antropoceno que empieza una relación maquinista con el mundo, esa vía se bifurca hacia la exteriorización e iniciamos con ello una relación con el mundo y su génesis que ya no va a ser orgánica sino tecno-organológica. En términos de Stiegler, entramos por medios técnicos en un proceso de exsomatización que alrededor de 1945 coincide, crece y avanza a la par del capitalismo posindustrial y desemboca en el de nuestra época de forma feroz: el más 'bárbaro', 'voraz' y 'salvaje' capitalismo, fundando en una razón cada vez más ultra-calculadora y ultra-vigilante que nos está llevando ahora, de la mano de la Inteligencia Artificial (IA) 'a la máxima disrupción y devastación' (Stiegler, 2019: 96). Un capitalismo que incluso cuando quiere invertir la progresiva dirección tecno-exsomática para redirigirla hacia la tecno-endosomatización difiere al mercado su cálculo, como ocurre por ejemplo en el caso del transhumanismo, convertido en la nueva religión de los ultra billonarios. Aunque Stiegler no se refiere al transhumanismo aquí directamente, la relación se infiere con facilidad si recordamos que se ha vuelto la religión de los super billonarios, expuestos como todxs, al fin y al cabo y lo quieran o no, a su propia y personal extinción. Daría risa, si

no diera tanto terror, su inútil y loca carrera hacia la vida eterna (Harris, 2017; Evans, 2022).



La fuente de eterna juventud (1546), Lucas Cranach el Viejo
Imagen de dominio público, wikipedia

En su forma actual, el capitalismo hace del cálculo 'su principio único y total', 'atiende sólo a sus intereses' y 'rige y decide los vectores exógenos y endógenos' (Stiegler, 2019: 96). La IA, pretendida panacea transhumanista, no parece que vaya a ayudarnos a sobrevivir los efectos del Antropoceno. Al contrario, los acelera, depositando ahora en el cuerpo y el cerebro capas y prótesis que más y más cementan y obturan la porosidad orgánica necesaria de piel y membranas. Se cierra progresivamente el acceso orgánico a los sentidos tradicionales (gusto, olfato, vista, oído y tacto) y se los sustituye por su virtualidad. Al fin y al cabo, la IA, una máquina tecno-organológica carente de piel, no 'toca' otra piel. La rechaza. Y sin piel, sin el órgano capaz de asumir y poner en marcha y equilibrar la entropía negativa o neguentropía, sin el órgano que permite y protege en tanto envoltura liminal el acceso humano a su afuera, al aire y a los sentidos, dicho muy sencillamente, no podemos vivir. Si hasta la llegada de la modernización industrial 'los sistemas geofísicos formaban parte del gran equilibrio de la biosfera, a partir del Antropoceno

eso ya no es así' (Stiegler, 2019: 98). La mordida del Antropoceno nos arranca la piel; nos despelleja y no podemos respirar, no podemos sentir, no podemos tocar. Ahora, en el inicio del final del Antropoceno marcado por la expansión de la inteligencia artificial se está realizando otra nueva vuelta de tuerca, otra nueva bifurcación humana sin sentido y sin sentidos hacia un mundo virtual que continúa empecinadamente mostrándose sin piel. Y ningún dios vendrá a salvarnos, como nos avisaba Heidegger (1976) irónicamente.

La expansión de la IA ha iniciado posiblemente ya la clausura de la era del Antropoceno para dirigir la entrada hacia la era del Noosceno, la era cuando más que probablemente acelere una sedimentación geológica insostenible para la vida humana. Y si hoy mismo el Antropoceno es ya 'intolerable', como dice Stiegler, si 'debe ser de forma imperativa detenido o sobrepasado para podernos dirigir así hacia el Negantropoceno' (2019: 99), si debiéramos bifurcarnos lo antes posible de ese estado de cosas y re-dirigirnos hacia una concepción y relación del mundo y con el mundo con 'piel', por el contrario la tercera bifurcación en la nos encontramos ahora empujada por la inteligencia artificial de ninguna manera se hace cargo tampoco de las implicaciones producidas por el inicial desvío industrial moderno: aquella primera bifurcación que se alejó de prisa y corriendo de la comprensión orgánica del mundo 'con piel' de los antiguos para abrazar e iniciar la concepción del mundo como una máquina tecno-orgánico-lógica. La nueva vuelta de tuerca dada hoy y ahora desde el abrazo de la I.A. nos arranca y quema la piel todavía de forma más brutal y acelerada, dejándonos a la puerta de lo que quizá ya podamos llamar la nueva era 'ianoocéntrica'.ⁱⁱ Un inhóspito lugar, un espacio sin raíces ni tiempo incapaz a la larga y la corta de entrar en equilibrio entre la organicidad del mundo y su afuera.

En el Antropoceno la vía iniciada hacia una relación exsomática con el mundo nada tiene que ver con aquel 'camino' heideggeriano que buscaba el claro del bosque. Tampoco la vía

iniciada por la inteligencia artificial. Al contrario, ya que el claro heideggeriano está de alguna forma relacionado con aquel 'animal-mundo' de los antiguos al que se refería Nancy, y también María Zambrano, para quien el claro del bosque muestra las trazas del mundo animal que lo habita y hace dudar al humano. El claro, decía Zambrano, 'es un centro en el que no siempre es posible entrar; desde la linde se le mira y el aparecer de algunas huellas de animales no ayuda a dar ese paso. Es otro reino que un alma habita y guarda' (1986: 3). El humano puede decidir entrar en el claro. O al menos llegar a su límite si se engarza con su hábitat, si se deja seducir por la voz del pájaro: 'Algún pájaro avisa y llama a ir hasta donde vaya marcando su voz' (Zambrano, 1986: 2). Pero sabemos bien cómo nuestro tiempo, marcado por la lógica expeditiva de la extracción, una lógica caníbal, antropófaga e incansablemente metódica y calculadora, nada quiso ni quiere saber de ese claro, de ese hábitat, de ese mundo, de sus aves y de su linde. Es difícil, casi imposible, oír ahora la voz del pájaro zambraniano. La bifurcación hacia el afuera de la piel de la tierra impulsada por el antropoceno nos ha llevado directos al pozo de la miseria dejándonos ciegos, sin voz ni oído. Sin aire y sin árboles. Sin pájaros ni animales; y sin dinosaurios, incluso, como cantaba un poema de José Ángel Valente (1992: 258), 'Anotación para un fin de siglo':

What killed the dinosaurs?, preguntas, mientras
clavas en mi pupila tu pupila azul. ¿O quién? ¿Tú misma,
un meteoro, una erupción volcánica? ¿Murieron uno a
uno apuñalados o fueron víctimas tempranas de una
súbita y calculada exterminación?

Valente recoge la pregunta del viejo poema romántico de Gustavo Adolfo Bécquer, '¿Qué es poesía?' (Bécquer, 1871) y le da la vuelta. La pupila es la abertura circular oscura, sin pigmento, en el centro del iris que colorea el ojo. Bécquer, lo sabemos bien, se equivoca: '¿Qué es poesía?', preguntas mientras clavabas en mi pupila tu pupila azul' Y aún así, en el

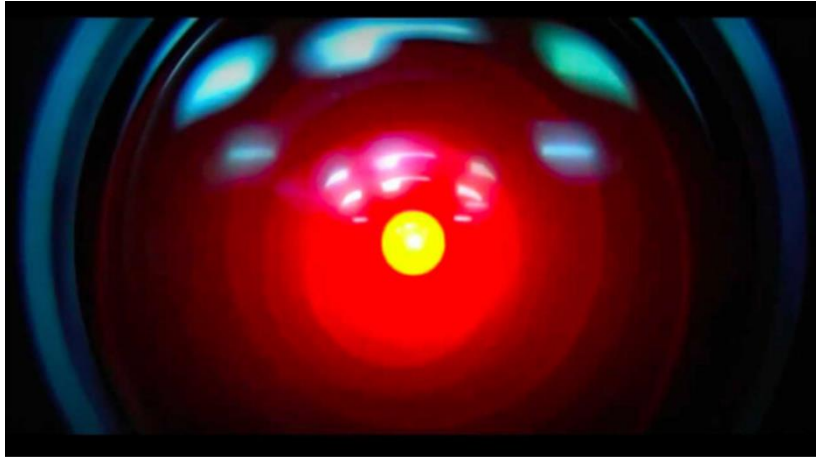
pequeño poema, el mundo y la poesía se tocan en la respuesta que cierra el poema, 'Poesía eres tú'.

Las cosas y el mundo han cambiado ya en tiempos de Valente. Al iniciar el segundo milenio, el imposible azul óptico-poético de Bécquer, su error, es devuelto ya sin remisión al pozo profundo de un nuevo sistema óptico-técnico de vigilancia absoluta. Lejos también queda la posibilidad de 'saber mirar' con, o a través, de la técnica, como decía Salvador Dalí en 1927 de las posibilidades de apertura a la poiesis que ofrecía la lente de la cámara fotográfica:

Saber mirar es todo un nuevo sistema de agrimensura espiritual. Saber mirar es una forma de inventar, Y ninguna invención ha sido tan pura como aquella que ha creado la clara mirada anestésica del ojo límpido, ausente de pestañas, del Zeiss: destilado y atento, inasquible a la floración rosada de la conjuntivitis (Dalí, 2010: 54).

Hoy, la pupila es tecno-organo-lógica. No está abierta a 'agrimensura espiritual' ninguna sino al cálculo imparable, frío, vigilante y exhaustivo de una medición que no 'toca' ya la γεωργία de Démeter ni el ager de Ceres. Una pupila definitivamente inmune al error que, sin piel y por tanto 'inasequible a la floración rodada de la conjuntivitis', no cosecha, no cultiva. Al contrario, chupa y succiona las cosas del mundo y del planeta para, transformadas en *data*, en ceros y unos, hacerlas 'caer' una a una, como cadáveres, en su pozo sin fondo. La pupila de hoy abre no la vía hacia el claro sino un *cadere* hacia el pozo: una caída que convierte todo en cadáver, como diría Julia Kristeva (1987: 25). Deshechos succionados de forma ordenada, constante e imparable por el 'ojo'/eje de una IA siempre indiferente e inflexible con el error. El ojo de una inteligencia no-poética, no abierta a la poiesis; el ojo algorítmico de un ordenador programado con una fría y extractiva lógica heurística muy similar a la que ya en 1968

Stanley Kubrick llamaba HAL 9000 (Heuristically Programmed Algorithmic Computer) en su película *2001: Space Odyssey*.



HAL 9000, via [Wikimedia Commons](#)

Lejos quedan hoy los claros y el pájaro de Zambrano, el camino de Heidegger y el azul de Béquer/Valente; como desaparecido está también el azul del Ister hölderliano-heideggeriano (Heidegger, 1980); el Rin que transporta ahora 14,000 toneladas de microplásticos en su paso por Suiza (SWI, 2023), conectado desde 1992 al Danubio que, a su vez, lleva en sus sucias aguas cuatro metros cúbicos de microplásticos al día (Kitten et al, 2022).

Hay que bifurcarse de nuevo, sí, antes de ser del todo succionadas. Una re/bifurcación de pura emergencia que, en términos de Zambrano, debería haberse iniciado hace ya tiempo para salirse de aquel método moderno que se nos presentaba, seductor, 'disponible a toda hora' y que era ya un método-instrumento 'lógico al fin y sin remedio' (Zambrano, 1986: 3-4). Se torna urgente cambiar de dirección. Porque tanto la tecno-vía organológica iniciada en la modernidad como la seguida ahora por la IA, son caminos apelmazados siempre y a todas horas a una tecno-función ultra calculadora y extractivista. Porque la vía tomada desde la modernidad es un camino (*pathos*) que conlleva su propia 'patología' y va

inevitablemente dirigida a la lógica de su auto-destrucción (Stiegler, 2019: 96). Al deshecho.

Orientado hacia el afuera del mundo, inmerso en la producción de tecno-vida cada vez más y más especulativa y calculadora, el camino actual nos lleva al autoexterminio. El Antropoceno deviene estructuralmente tan masivamente autodestructivo que incluso 'se aniquilará a sí mismo a través de un contracción disruptiva que es absoluta e irreversiblemente entrópica' (Stiegler, 2019: 97). Es decir, la tensión hacia el afuera de la tierra de la humanidad—esa energía acumulada en la producción de un sistema tecno-organológico sin piel dirigido de forma acelerada hacia el cierre y colapso de los órganos y sentidos humanos, expulsándonos de la tierra que estimula vista, oído, olfato, oído, gusto y tacto—revertirá entrópicamente en una implosión. Muy pronto. Mientras tanto y en nuestro ahora, el Antropoceno y su devastadora secuela, la IA, nos están despellejando por la vía de la ultra calculabilidad. A la humanidad, al mundo y a la tierra. La piel humana, la piel de la tierra y la del mundo. La piel del planeta.

La piel, el mayor órgano del cuerpo humano, la envoltura que nos permite vivir se nos está cayendo a tiras. También la piel de la tierra, aquella que se ofrecía, dice Nancy, como 'un lugar de paso, de tránsito y de transporte, de tráfico y de transacción' sin ser en ningún momento ni en ninguna instancia lugar de cálculo o de medida: 'La piel no es el lugar de un cálculo o de una medida' (2021: 125). La piel, la envoltura que se/nos sitúa y fricciona liminalmente entre lo endógeno y lo exógeno, no sólo nos protege negantropocénicamente sino que, evocando a Heidegger, también nos abre al mundo, nos orienta al mundo, al planeta que a su vez necesita y nos ofrece también su piel. La piel, de la humanidad y del planeta, es el órgano con el que todavía podríamos 'tocar' el mundo de otra manera; el órgano que todavía nos puede orientar, no hacia la tecno-lógica ultra calculadora, sino hacia la esencia de la técnica. Cierto, no podemos ya considerar el mundo como un animal, como hacían los filósofos originarios; pero si somos capaces de conservar la

piel quizá sí podríamos conceptuar el mundo simplemente como tal. En palabras de Nancy:

la cuestión de la piel podría ser la idónea para esclarecer el mundo de los hombres a partir del momento en que no podemos ya hacer ninguna otra cosa más que considerarlo como tal: ni animal ni máquina, sino mundo (...) desprovisto de cualquier ultramundo (u otro mundo) en relación con el cual podría medirse, situarse o recibir su sentido de “mundo” (2021: 122).

La piel del mundo, entonces, la piel del planeta. Pero sobre todo y, ante todo, la piel de la tierra. Su suelo. Lo más exterior de la corteza terrestre, formando a lo largo del tiempo, en un proceso que acumula materiales distintos e involucra numerosas variantes físicas, químicas y biológicas, a partir de la progresiva destrucción/erosión de la masa rocosa primordial. La piel de la tierra es un ecosistema organizado en capas bien diferenciadas, extremadamente fértil y generador de un medio ambiente muy complejo, de hecho, de los de más diversidad de la tierra. Pero ese sistema es frágil ya que esta piel es nada más que una fina película de materia viva, que en ocasiones solo alcanza unos pocos centímetros de grosor y casi nunca supera los dos o tres metros pero que tiene una influencia considerable en todo lo que acontece en la superficie de la Tierra. Constituye el hábitat de miles de millones de microorganismos responsables de innumerables transformaciones biogeoquímicas, que abarcan desde la fijación del nitrógeno atmosférico hasta la descomposición de la materia orgánica. Es en el suelo donde se desarrolla la vida terrestre, y en donde se hincan las raíces; el suelo es el que retiene el agua durante el tiempo suficiente para que las plantas puedan utilizarla, a la vez que fija nutrientes y facilita su uso a los seres vivos. Dentro del suelo, y no fuera, se halla la mayor parte de la biodiversidad terrestre.

La piel de la tierra ‘se toca’ en toda su extensión con el agua y el aire. Interactúa con la atmósfera terrestre en un proceso de

retroalimentación del cual depende la fertilidad del suelo y la vida. Por ejemplo, respecto a la creciente sequía provocada por el calentamiento global, como nos avisan mil y un estudios –por ejemplo, los que van apareciendo en los *Proceedings* de la National Academy of Sciences de los Estados Unidos (PNAS) –si el suelo se seca debido a que hay escasa evapotranspiración, es decir que la cantidad de agua del suelo que vuelve a la atmósfera como consecuencia de la evaporación y de la transpiración de las plantas, se reduce la humedad atmosférica. A su vez, si hay mucho déficit de presión de vapor atmosférico, aumenta la demanda evaporativa de la atmósfera, lo cual exagera en dominó el agotamiento de la humedad del suelo. El resultado es catastrófico ya que la ‘combinación de altas temperaturas y baja humedad atmosférica son dos factores de riesgo que provocan una mortalidad generalizada de la vegetación y una reducción de la absorción de carbono terrestre’. Sabemos que

la simultaneidad de la sequía del suelo y la sequedad atmosférica tienen impactos dramáticos en la vegetación natural, la agricultura, la industria y la salud pública (...). La intensificación en el futuro de la sequía será desastrosa para los ecosistemas y tendrá un gran impacto en todos los aspectos de nuestras vidas (Stevens-Rumann et al, 2018).

Dicho de manera muy sencilla: en estas circunstancias, la piel de la tierra se seca. Y al secarse, deja de interactuar y retroalimentarse con la atmósfera de manera efectiva para la continuación de la vida en el planeta. Lo contrario, es decir, el exceso de agua en el suelo, es igualmente catastrófico para la conservación y biodiversidad del suelo. Las crecientes lluvias torrenciales también provocadas por el cambio climático y que, en el mediterráneo, también como ejemplo, alternan con sequías profundas, causan las temidas escorrentías (láminas de agua que circulan por la superficie a gran velocidad y con gran fuerza) que erosionan el suelo y se llevan por delante nutrientes y vida orgánica. Un fenómeno exacerbado hoy *ad*

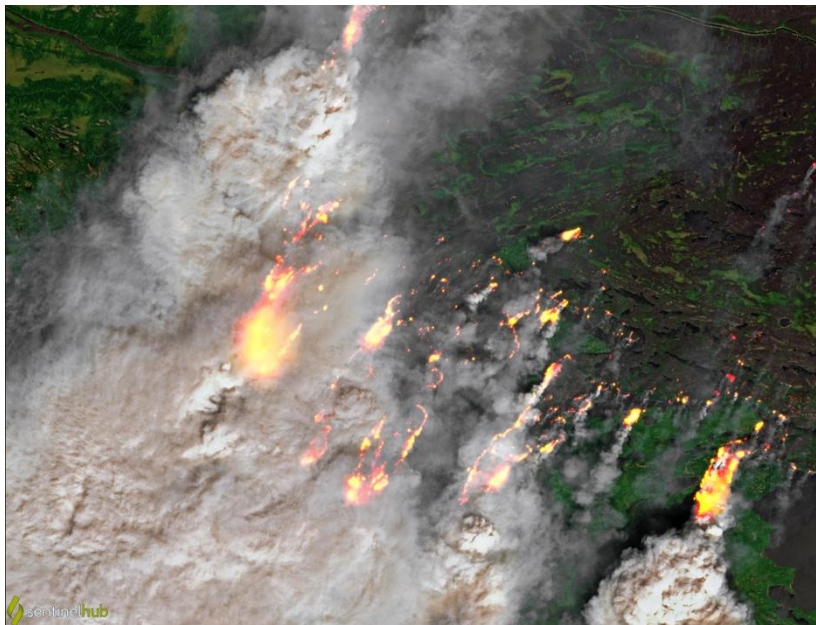
infinitum debido a la masiva cobertura del suelo con alquitrán y cemento que impide la filtración del agua en el irresponsable crecimiento de lo que ya de ninguna manera podemos identificar como urbanismo. En este caso, el exceso de agua reduce el oxígeno y no permite que el sistema de raíces de las plantas, otro ejemplo, la absorba adecuadamente. El exceso de agua, de hecho, produce en el suelo los mismos síntomas de estrés que padece durante una sequía. El agua es el elemento que sustenta el planeta y por tanto a la humanidad que, para su procreación, hasta ahora se ha ido gestado y nutrido en aguas amnióticas y

permanece necesariamente conectada con una hidro-comunidad planetaria ... El agua que inunda, produce y sostiene nuestros comienzos amnióticos se prolonga en un medio gestacional más amplio que continúa sosteniéndonos, protegiéndonos y nutriéndonos, tanto intra, inter como transcóporalmente (Martínez, 2021: 38).

Si el agua se acaba, disminuye o excede, el suelo de la tierra se erosiona (se 'seca' la piel) y la fertilidad del planeta, incluida la humana, decrece exponencialmente.

El cambio climático obviamente también es responsable de los cada vez más grandes y devastadores incendios que afectan la atmósfera de una gran parte del planeta, como los del Canadá en el verano del 2023: graves incendios provocados por el calentamiento global, y probablemente ayudados por la alta acumulación de basura nuclear y residuos tóxicos en el suelo, en la tierra en que viven Inuits, Metis y los grupos pertenecientes a las llamadas Primeras Naciones, que provocaron una neblina distópica semi-global (Reyes et al, 2015). Cierto que el fuego es necesario ya que permite la renovación de diversos ecosistemas. Pero no el fuego tóxico. El suelo abrasado por el fuego necesita, además, tiempo para regenerarse, algo cada vez más escaso. Los cada vez más numerosos incendios de hoy, la mayoría provocados por la

acción humana, impide que el suelo de un ecosistema forestal pueda recuperarse al tornarse impermeable, sufrir una gran pérdida orgánica y perder fertilidad: no olvidemos que el suelo necesita entre 40 y 1,000 años para volver a formar sólo 1cm de suelo fértil, según los modelos de simulación utilizados por Pierre Gentine, del Instituto de Ciencias Atmosféricas y Climáticas de Zúrich (Suiza).



Los fuegos en Québec, Canada (Lat:53.33, Lng:-76.11). 28 de junio 2023. La imagen recoge 39 kilómetros de anchura. Imagen procesada por Pierre Markuse (2023) con datos modificados proporcionados por el Copernicus Sentinel. Wikipedia, dominio público

El Antropoceno está dejando la tierra yerma a su pasar. Con la piel quemada, la poesía no puede habitar la tierra, posarse en ella, ni acoger a las musas; no puede la poesía exponernos/se ni abrirnos/se al “being” heideggeriano (Heidegger, 2014: 34). Sin poesía, sin poesis, ningún dios vendrá a salvarnos. Ese era el sentido de la frase de Martin Heidegger, *Nur noch ein Gott kann uns retten* (‘sólo un dios puede salvarnos’) quien, en el contexto de la entrevista de 1966 a *Der Spiegel*, contestó así a la pregunta del periodista: ‘¿puede el hombre (vocabulario de la

época) individualmente y de alguna manera todavía influenciar esta red de malas circunstancias?':

La filosofía no podrá provocar directamente un cambio del estado presente del mundo. Y esto no es válido solo para la filosofía sino también para toda actividad de pensamiento humano. Solo un Dios podría salvarnos (*Nur noch ein Gott kann uns retten*). La única posibilidad que nos queda, en el pensamiento y en la poesía, es preparar nuestra disponibilidad para la manifestación de ese Dios o para la ausencia de Dios en tiempo de ocaso; dado que nosotros, ante el Dios ausente, vamos a desaparecer (Heidegger, 2009: 71).

Una pregunta que, entendida como un, ¿podemos hacer algo todavía?, Stiegler también hubiera conbtestado de forma parecida. Porque la pregunta que para Sitegler nos permitiera quizá superar el Antropoceno, una *imposing question*, dice, ni siquiera ha sido todavía correctamente formulada:

Hence it is that today, in the ordeal of disruption by which the Anthropocene is brought to its fatal extremes, the question of exosomatic organogenesis imposes its necessity. This imposing question, caught up in the dizzying whirlwind of media logorrhoea, itself subjected, directly or indirectly, to marketing, has not succeeded in posing itself, that is, in posing the question ... that would enable this literally apocalyptic state of fact to be overcome (Stiegler, 2019: 97).

¿Qué hacer entonces sin musas ni dioses ni semidioses ante la devastación que nos chupa hacia el pozo, hacia el centro del ojo y del eje algorítmico, que nos aparta del contacto con la tierra y nos lleva directos a la desaparición? Las musas se han apartado y, cerrada su Academia, no hay canto que nos las devuelva, nos recordaba José Luis Guerín (*La Academia de las musas*, 2015).



Guerín (2015) *La academia de las musas*. Toma de pantalla

Hay que bifurcarse de nuevo, insiste Stiegler, hay que formular las preguntas adecuadas, intentar encarnarnos hacia el camino del claro, fuera de la lógica de la calculabilidad, de la locura exsomática organológica. Cierto. Pero como desgraciadamente sabemos, Stiegler se suicidó. Ante tal panorama, ¿qué hacer ante el problema y la pregunta de como vivir? Devastada la gente por la locura y la hubris del mundo, ¿cómo encaramos la existencia? ¿Vivimos con el problema, como indica Donna Haraway (2019)? ¿Ex/istir y combinaros, re-componernos, abonarnos y re-fertilizarnos en el planeta y como planeta? ¿Volver a pensar y existir en aquel mundo-animal de los antiguos extendiendo ahora la relación orgánica a las plantas y con las plantas, vivir, respirar, reproducirnos a través del ser vegetal como quieren Luce Irigaray y Michael Marder (2023) y preservar la diferencia 'sexuante' como afirma Irigaray?

¿Qué hacer entonces? Quizá dejarnos ir, dejar la consumación organológica atrás, dejar descansar el pensamiento y dejar ser al planeta. En palabras de Zambrano:

Mas no a toda hora el pensamiento sigue la lógica formal ni ninguna otra por material que sea. La conciencia se cansa, decae y la vida del hombre, por muy consciente que sea y por muy amante del conocer, no está empleada continuamente en ello. Y queda así desamparado el ser, queda librado a todo lo demás que

en sí lleva, y que, si ha sido avasallado, amenaza con la rebelión solapada y con la simple y siempre al acecho inercia. Y así sólo el método que se hiciese cargo de esta vida, al fin desamparada de la lógica, incapaz de instalarse como en su medio propio en el reino del logos asequible y disponible, daría resultado. Un método surgido de un «Incipit vita nova» total, que despierte y se haga cargo de todas las zonas de la vida. Y todavía más de las agazapadas por avasalladas desde siempre o por nacientes ... Es la lección inmediata de los claros del bosque: no hay que ir a buscarlos, ni tampoco a buscar nada de ellos. Nada determinado, prefigurado, consabido (1976: 3-4).

Decir 'basta', en suma. O al menos, desacelerar, en la posición de Isabel Stengers (2019). La angustia, peligro, confusión e incertidumbre provocada por el Antropoceno—es decir, provocada por el hombre occidental—está llevando a la humanidad a una situación de implosión. Estamos en una dinámica, dice Nancy evocando también a Stiegler, que cada vez más

parece tener que ver con la *hybris* griega, la desmesura, incluso la locura, en la que se reconoce una perdición trágica consubstancial, en el fondo, al hombre que quiere realizarse por sí mismo; a este hombre occidental convertido en planetario porque, en efecto, ha logrado autoproducirse como un hombre-mundo, es decir, como una máquina capaz tanto de expansión como de implosión (2021: 50).

Nancy no proporciona panaceas. No puede ofrecerlas, obviamente. Pero ante la cada vez más cercana y posible realidad del fin de la vida humana en el planeta, ante la existencia y vivencia actual de la humanidad en la locura y desmesura, Nancy propone un 'basta' a la vez contundente y silencioso. Basta, nos dice. Hay que detenerse. ¿Para qué? Para tocar/se en el mundo y sobre el mundo. Hay que exponer el

cuerpo-mundo a los otros mundos. Re-conocer(se) (en) la piel del mundo, 'esa piel que se deja ver, tocar, oír, respirar y saborear' (124). 'Todo lo que mi piel se encuentra me encuentra a mí y, sin mi piel, yo no encontraría nada' (125).

Decir basta y detenerse, pues. Infrapolíticamente. Quedar en suspenso un momento al menos. En palabras de Zambrano, 'para no ser devorados por la nada o el vacío hay que hacerlos en uno mismo, hay a lo menos que detenerse, quedar en suspenso, en lo negativo del éxtasis' (1986, 11-13). Hay que bifucarse de nuevo y de otra manera, en las de Stiegler. Dejar al mundo ser, dejar a la poesía habitar la tierra, en las de Heidegger. Tocarnos en y con el mundo, en las de Nancy. Abrirse a Gaia y habitar el planeta. Porque como me decían Gabriela, Peter (con Maddalena) y Pedro en sus comentarios a este texto, estamos todavía vivos.

Obras citadas

Bécquer, G.A. (1871) '¿Qué es poesía?' *Rimas y Leyendas*. https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/rimas-y-leyendas--0/html/00053dfc-82b2-11df-acc7-002185ce6064_2.html

Dalí, S. (2010) 'La fotografía, pura creación del espíritu', *Litoral. Revista de la poesía y el pensamiento* 250: 52-55.

Evans, J. (2022) 'How did transhumanism become the religion of the super-rich', *Medium*. <https://julesevans.medium.com/how-did-transhumanism-become-the-religion-of-the-super-rich-d670a410b01a>

Guerín, J.L. (2015) *La Academia de las musas*. Los Films de Orfeo.

Haraway, D. (2019) *Seguir con el problema. Generar parentesco en el Chthuluceno*. Bilbao: Consonni.

Harris, J. (2021) 'If the Superrich Want to Live For Ever Our Planet is Truly Doomed', *The Guardian* (November 7): <https://www.theguardian.com/commentisfree/2021/nov/07/billion-dollar-race-ageing-planet-old-age>.

Heidegger, M. (2009) 'Solo un dios puede salvarnos. Conversación de Speigel con Martin Heidegger', en *Escritos sobre la Universidad alemana*, (Trad) R. Rodriguez. Madrid: Tecnos.

Heidegger, M. (2010) *Los himnos de Holderlin, 'Germanía' y 'El Rin*. Trad. A. C. Merino. Buenos Aires: Biblos.

Irigaray, L. (1983) *L'oubli de l'air*. Paris: Minuit.

Irigaray, L. & Marder, M. (2023) *Through Vegetal Being*. New York: Columbia UP.

Kristeva, J. (1987) *Soleil noir. Depression et mélancolie*. Paris: Gallimar.

Kubrick, S. (1968) *2001: A Space Odyssey*. Stanley Kubrick Productions.

Markuse, P. (2023) 'Canadian Wildfires', *Wikipedia*: https://en.wikipedia.org/wiki/2023_Canadian_wildfires.

Martínez, A. (2021) 'La ontología acuosa de Luce Irigaray', *Zona Franca* 29: 16-45.

Nancy, J. L. (2021) *La piel frágil del mundo (Libros necesarios. Filosofía nº 1)* Madrid: De Conatus Publicaciones.

Reyes, E.S., *et al.* (2015) 'Human exposure to soil contaminants in subarctic Ontario, Canada', *Int J Circumpolar Health* (May 28): 74.

Schrödinger, E. (2015) *¿Qué es la vida?*. (Trad) R. Guerrero. Barcelona: Tusquets.

Stengers, I. (2019) '¿Es posible desacelerar?' *Cómo pensar. Conferencias sobre ciencia, política y desastre*. (10 de noviembre 2023): <https://saposcat.cl/es-posible-desacelerar-isabelle-stengers/>.

Stevens-Rumann C., *et al.* (2018) 'Evidence for declining forest resilience to wildfires under climate change', *Ecol Lett* 21. No. 2:243-252.

Stiegler, B. (2019) *The Age of Disruption. Technology and Madness in Computational Capitalism*. London: Polity.

SWI (2023) 'El Rin es el río más contaminado por microplásticos de Suiza', *Swissinfo.ch* (13 de junio): <https://www.swissinfo.ch/spa/ciencia/el-rin-es-el-r%C3%ADo-m%C3%A1s-contaminado-por-micropl%C3%A1sticos-de-suiza-/48583396>

Valente, J.A. (1992) *No amanece el cantor*. Barcelona: Tusquets.

Zambrano, M. (1986) *Claros del bosque*. Barcelona: Seix y Barral.

ⁱ Si el mundo fuera un animal como creían los filósofos originarios, explica Nancy, 'se presentaría con una unidad distintiva —aunque se distinguiera sólo por tener un afuera informe—, y su distinción ofrecería el carácter de una piel parecida a la que se presenta en cualquier ser vivo y por la que cualquier ser vivo se distingue, precisamente. Si, por el contrario, fuera una máquina, no tendría piel, puesto que su distinción y su presentación pertenecerían a una clase distinta de la de su maquinaria' (2021:126).

ⁱⁱ Propongo el neologismo 'IA-nooceno' y sus derivados 'ianoocéntrico/a', etc., formado a partir de los vocablos 'I.A.' (inteligencia artificial) y 'noo' (nus, o nous) del griego νοῦς (mente), para referirnos a la era tecno-organológica contemporánea, marcada por la inteligencia artificial